

L ORDEN y la anarquía renunciaron a un milenarista pláido para convivir plácidamente en Daniel de la Vega.

El orden se apoderó de su espíritu y la anarquía de su cuerpo. Dialogan a menudo, gestándose mutuas influencias.

Ese diálogo se vislumbra desde la infancia del escritor. Daniel estudiaba en un serio colegio alemán de Valparaíso. En 1905, cuando cumplió los 13 años, su padre le regaló una imprenta de juguete con tipos de goma. Inspirado por una novela francesa, la aprovechó para publicar un diario anarquista llamado "La Luz". Este primer intento periodístico tuvo corta vida y se apagó al segundo número.

—El alemán del colegio me quería matar. Estas, me dijo, son las ideas disolventes de los latinos. Pero, a pesar de nuestras discrepancias en materia de periodismo, esa etapa me hizo bien. A los alemanes debo el afán de tener las ideas ordenadas y organizadas. Es indispensable para saber de dónde vienen y adónde van las cosas.

El Niño

"El niño es el padre del hombre", escribió el poeta inglés William Wordsworth muchos años antes de que Freud y sus discípulos recurrieran a los sofás para probar esta tesis. "Qué efecto tan enorme —exclama De la Vega— tienen para uno las impresiones de niño."

Esas impresiones tuvieron un marcado sabor peninsular. Su abuelo, presidente de un banco porteño, era español. Su padre fue educado en España. Se crió en Quilpe, rodeado de cuadros españoles, escuchando música española, comiendo viandas madrileñas. Poco le faltó para utilizar de silabario los diarios taurinos que llegaban a su casa junto a un sinnúmero de otras publicaciones hispánicas.

Quiso ser torero y le compraron un traje de luces. Con esa garbosa tenida lidió con Robin Ballester, el perro de la casa que, a falta de pedigree, ostentaba un sonoro apellido.

A los cinco años escribió sus primeros versos, una "Oda al Mar". Los ilustró personalmente con un corazón atravesado por una flecha.

El colegio no lo entusiasmó: —En mí siempre hubo un fondo de atorrante. Me gusta la pereza y detesto los horarios.

El culto ambiente de su casa, donde a comienzos de siglo ya se tocaba y admiraba a Wagner, tuvo una influencia decisiva en Daniel. Leyó vorazmente cuanto libro, diario o revista llegaba a la casa. Le apasionó la visita del actor Manuel del Villar, que un día fue invitado a recitar monólogos en aquel hogar.

—Me fascinaban todas las cosas de arte y belleza. Vivía deslumbrado. Ahí estaba todo para mí. De niño, ansiaba transformarme en uno de esos escritores de que tanto se hablaba en casa. Ahora, que soy un cronista bien leído, desaparecieron aquellos para quienes quería escribir: mis padres, hermanos y tíos.

Hasta el día de hoy, Daniel guarda en un estante sus libros de cabecera de niño y adolescente: Sudermann, Eca de Queiroz, Pio Baroja, Víctor Cherbulliz, Pérez Galdós y otros tantos. Los lee cada diez años con el mismo cariño e idéntico placer.

El arte contemporáneo no le provoca el mismo entusiasmo:

—No entiendo la poesía ni la pintura abstractas. Son los despojos de una civilización que se vino abajo. Tal vez será que una está en su época, la quiere y no puede salir de ella.

Nueva Realidad

Daniel se crió en la abundancia, pero su padre tuvo un talento demasiado desarrollado para gastar dinero y la bancarrota no se hizo esperar. De la Vega dio su bachillerato a los dieciocho. Al año siguiente se estableció en Santiago. Con su madre arrendó dos piezas en una alca por 45 pesos mensuales.

Su situación económica no le preocupó más de la cuenta. Llegando a la capital fue a las oficinas del "Correo Austral" donde ya había publicado varios poemas.

—Tenía una locura por meterme cuanto antes a las redacciones. Seguí escribiendo en el "Correo Austral". Fue se cosa o verso, corto o largo, bueno o malo, pagaban 15 pesos por colaboración. Paralelamente vendimos los restos de la discoteca y hasta el piano para vivir.

En "La Mañana" fue redactor de cables y como el diario era muy pobre, la agencia Havas mandaba muy pocos despachos. Había que suplir la falta de material con la imaginación. Ahí también dirigió una página literaria donde poetas como Pablo de Rokha y Angel Cruzhaga hicieron sus primeras armas. A Daniel y sus amigos los conocían por "los modernistas".

Vestía de negro, usaba corbata voladora, un poco de melena, una mirada lejana y un gran chambergo. Fue la imagen del poeta, tal como se lo figuraba la gente en aquellos días.

En la revista "Zig Zag" comenzó haciendo una serie de entrevistas a escritores. Después fue secretario de redacción. Su producción literaria fue cuantiosa:

— Toda la vida he sido un chorro. Cada tres meses quemaba lo que no me gustaba.

"Crimen en Recoleta" fue su primera obra teatral. La escribió con Waldo Urrutia y Alfonso de la Jara, mientras Roberto Fuenzalida compuso la música. Los tres autores, de 19 años llevaron su "Crimen" al Director de la compañía del Teatro Recoleta. Era Rogel Retes, entonces un moletete de 23 años. Al día siguiente les dio el sí y la comedia se estrenó. Daniel estuvo loco de entusiasmo al sentirse autor, asistir a ensayos, "estar dentro".

Al año siguiente (1912) "ya tenía humos de autor inspirado". Estrenó "El Bordado Inconcluso", fina obra que no ha perdido su encanto con los años. El autor alega que está mal escrita, con palabras repetidas y que es demasiado ingenua. Apenas concede que el final es hermoso.

La noche del estreno su reacción fue diferente: — ¡Qué alegría me dio la ovación! Me sentí transportado y embriagado. Recuerdo que Eduardo Barrios me dijo: "Esto sucede pocas veces en la vida. Goce de su triunfo. No deje pasar este minuto". Nuestra generación de escritores fue muy noble. Barrios solía decir: "Hay que saber admirar." Eso se ha olvidado hoy en día.

En 1928 Daniel de la Vega estrenó la revista "Fantasía" que se dio simultáneamente en los teatros Santiago y Colón. Dignificó este género con una elegancia y un buen gusto de que carecía. Enteró más de una docena de obras, entre teatro y revistas, pero a severa: —No hay nada de calidad en mi teatro. Prefiero mis fábulas.

También escribió su novela "Caín, Abel y una Mujer" (1926) y tiene otros "cuarenta volúmenes escondidos".



RETRATOS.—

DANIEL DE LA VEGA

(Fotos de Enrique Aracena)

Texto de GERMAN EWART

—Los remordimientos —dice— son grandes. En una oportunidad hasta fue actor de cine. Interpretó a un bandido apodado "El Cara de Pregunta" en "La Última Trasnocada" (1926).

Bohemia y España

Era muy poco dado al alcohol, pero hizo abundante vida bohemia. Fue asiduo visitante de los camarines teatrales y su interés por las coristas revisteriles solía sobrepasar los límites profesionales:

—Tuve cada día... Nací en un ambiente tan estricto que sólo veía chiquillas una vez por semana en la misa del domingo. Por eso la vehemencia posterior.

Una noche acompañó a Pedro Sienna y Rafael Frontaura a comprar chicha en la calle San Pablo. Los parroquianos del negocio reconocieron a Sienna como el Manuel Rodríguez de la película "El Húsar de la Muerte" y celebraron su presencia. A su vez, Sienna presentó a Frontaura, que fue muy aplaudido, y a De la Vega, cuyo nombre no evocó ningún eco en aquel ambiente poco dado a la poesía. Pero un parroquiano creyó reconocerlo y se acercó para preguntar:

—Oiga, ¿usted es el que tiene el salón de baile de la calle Puente?

—No —respondió el impertérrito Daniel—. Yo me dedico a escribir cositas.

Otra noche, en un local céntrico, Rafael Frontaura —conocido por su buen diente— engulló tres bistek a lo pobre. "Eso no es nada" dijo Daniel, que también llegó con apetito. Al terminar su segundo "pobre" lo tuvieron que llevar a la Asistencia por intoxicación.

A pesar de tales anécdotas, ya era un hombre retraído y bastante solitario. Paralelamente a sus obras literarias fue y sigue siendo un incansable cronista periodístico. También fue crítico teatral de "El Mercurio" (1939-52), pero en esa labor estuvo limitado por un enfoque impresionista y poco analítico.

En 1953 y 1954 fue Agregado Cultural en Madrid. El cargo le dio bastante trabajo por la clásica falta de material informativo en nuestras Embajadas:

—Sólo, disponía de mis libros personales. Todas las numerosas consultas había que responderlas individualmente y por escrito.

Llegó a Madrid conociendo el plano de la ciudad de memoria. En parte por la admiración que siempre tuvo por la capital española y en parte por seguir en el mapa y calle por calle, la guerra civil española. Simpatizó con los Republicanos. Visitó todas las calles y rincones que se mencionaban en las novelas de su predilección. Descubrir los sitios que se mentaban en su casa o que conocía por sus lecturas le produjo muchos felices reencuentros con su infancia y adolescencia.

Mientras se hallaba en España, en Santiago le otorgaron el Premio Nacional de Literatura. También recibió el Premio Ateneo, el Municipal y, hace un mes, el de Labor Teatral.

Casó dos veces y tuvo ocho hijos. Tres murieron. Fueron las grandes penas de su vida.

Su hija Rebeca falleció a los 15 años. Entonces comenzó a estudiar las religiones y a interesarse por la Teosofía. Quería "asomarse al otro lado".

El Orden

En sus diarias crónicas de "Las Últimas Noticias" habla "de todo menos ofender, molestar o herir a una persona.". Dentro de la variedad de sus temas hay una

UNA FÁBULA.—

La Herida Solitaria

EL CAMPESINO era muy desdichado. Y en las cavilaciones de sus días peores, pensó que cada individuo tiene un espíritu tutelar, o un genio, o un ángel que lo acompaña siempre. El también tendría su ángel. Y su pobre ángel ahora no habría podido socorrerle.

Cuando le llegaba una nueva desgracia, le decía en voz baja a su ángel:

—Hoy no habrás podido detener este golpe. Habrá que tener paciencia.

Y cada vez que sufría un nuevo desengaño, se dirigía a su espíritu:

—Aquí estamos heridos otra vez. ¡Qué le vamos a hacer!

Un día le trajo otra desgracia, y el campesino le murmuró a su ángel:

—No te desalientes. Ten ánimo. Otra vez será. Desde entonces, ante cada tristeza, no se olvidaba de consolar a su guía:

—¡Pobre ángel mío! Debes sufrir con tantos descalabros. Pero no te desanimas. Yo estoy contigo.

En otro día malo le murmuraba:

—Seca esas lágrimas. Yo no te abandono un momento. Voy a tu lado, como un padre que lleva cariñosamente a su pequeño.

Y así siguió por la vida, entre las miserias y las soledades, defendiendo a su ángel, ayudándolo, alentándolo, sosteniéndolo un poco el cielo.

DANIEL DE LA VEGA

—El conocimiento del Universo, para hacerle el bien a los demás. Cultivarse para servir. Ese es el sentido de la vida.

La Anarquía

Es solitario, retraído, tímido al trazar contacto con la gente. Es abúlico y hasta melancólico, pero al mismo tiempo tiene gran capacidad de entusiasmarse. Habla poco, pero puede charlar en forma brillante. Sabe escuchar, pero es mal fisonomista; recuerda lo que le dijeron, pero muchas veces olvidará la cara de quien se lo dijo.

Sus pantalones no mantienen relaciones diplomáticas con la plancha y desprecia todos esos simples inventos que impiden transformarse en acordeón al cuello de la camisa. Su sombrero negro tiene una personalísima horma. No siente necesidad de lavarse el pelo porque "no se le ensucia." Esta teoría resistió a las embestidas de todas las mujeres de su vida.

No va a ninguna parte:

—Es como si usted estuviera hablando con un salvaje que viene saliendo de la selva. No vi "El Rinoceronte", no he ido al cine y no leí ninguno de los libros de que habla todo el mundo.

Lee y escribe de noche. Sus libros y sus crónicas nacen "con letra grande, desparramada, en un montón de carillas" y con un lápiz blando de dibujo. Luego saca en limpio a máquina. Antes hasta imprimió personalmente algunos de sus libros en pequeñas imprentas caseras. No le cuesta escribir. Le encanta y le entretiene.

La división tradicional del día para trabajar y de la noche para dormir no rige para Daniel de la Vega:

—Me gusta vivir de noche y dormir en la mañana. Es tan lindo el sueño matutino y tan hermoso despertar en la mañana y decirse: acaso quiero, me levanto. Tener que hacer algo por obligación, entristece la vida.

Lógicamente no tiene hora fija para almorzar. Un día podrá ser a las tres y otro a las cinco. Le agrada la comida sencilla. Con arroz y duraznos se siente un hombre feliz.

Su desayuno consta de una taza de té con 4 a 5 cucharadas de azúcar. Se impacienta cuando no se lo traen inmediatamente. El asunto tiene su complicación. La hora de desayuno fluctúa entre la madrugada y el mediodía. Desde niño lo solicita ladrando. Este rito suele despertar a Copito, su anciano perro resacaño.

No sabe que en materia de ladrones tiene un colega en Winston Churchill. El estadista británico, siguiendo una tradición familiar, saluda a los parientes mediante estos sonos caninos. No se sabe en qué forma solicita su desayuno.

Daniel goza de férrea salud y carece de achaques. Sube al micro con un ágil brinco de adolescente y proclama que se siente tan bien que "me van a tener que matar a palos." Lo atribuye a su abstinencia alcohólica.

Es enemigo de la ostentación y considera ridícula cualquier actitud que implique darse importancia. Dice: —Soy un sujeto improvisador. La improvisación, cuando tiene chispa, da algo que un tipo frío no tendrá jamás. Soy desigual, desbordado, desparramado, pero de repente doy en el clavo. No me corregí nunca. ¡Qué le voy a hacer ahora! Es el temperamento; y creo en eso.

Nadie le gana a tomar helados y su afición a los dulces también merecería el respeto de un colega goloso. A estos hobbies triviales se agrega otro más serio: pintar. Aunque sus paisajes y escenas de torero no entusiasmarían a un crítico, a De la Vega le entretiene muchísimo pintarlos.

Dejó de jugar pimpón, pero se dedica con ardor al ajedrez. Sus eternos compañeros, el orden y la anarquía, tampoco lo abandonan en este terreno.

Cuando Daniel y su pipa emprenden una partida, parten cautelosos, escudados y previsores. Cada jugada se medita, se rumia y se repasa. En esa forma se llega al punto culminante del juego. Entonces, súbitamente se saca la pipa de la boca y dice: "Ya empezó el español loco" y mueve una pieza. Desde ese instante, peligrosas sus posibilidades de ganar. El mismo, bien lo sabe.

Dejó de jugar pimpón, pero se dedica con ardor al ajedrez. Sus eternos compañeros, el orden y la anarquía, tampoco lo abandonan en este terreno.

Cuando Daniel y su pipa emprenden una partida, parten cautelosos, escudados y previsores. Cada jugada se medita, se rumia y se repasa. En esa forma se llega al punto culminante del juego. Entonces, súbitamente se saca la pipa de la boca y dice: "Ya empezó el español loco" y mueve una pieza. Desde ese instante, peligrosas sus posibilidades de ganar. El mismo, bien lo sabe.

Dejó de jugar pimpón, pero se dedica con ardor al ajedrez. Sus eternos compañeros, el orden y la anarquía, tampoco lo abandonan en este terreno.

Cuando Daniel y su pipa emprenden una partida, parten cautelosos, escudados y previsores. Cada jugada se medita, se rumia y se repasa. En esa forma se llega al punto culminante del juego. Entonces, súbitamente se saca la pipa de la boca y dice: "Ya empezó el español loco" y mueve una pieza. Desde ese instante, peligrosas sus posibilidades de ganar. El mismo, bien lo sabe.

Dejó de jugar pimpón, pero se dedica con ardor al ajedrez. Sus eternos compañeros, el orden y la anarquía, tampoco lo abandonan en este terreno.

Cuando Daniel y su pipa emprenden una partida, parten cautelosos, escudados y previsores. Cada jugada se medita, se rumia y se repasa. En esa forma se llega al punto culminante del juego. Entonces, súbitamente se saca la pipa de la boca y dice: "Ya empezó el español loco" y mueve una pieza. Desde ese instante, peligrosas sus posibilidades de ganar. El mismo, bien lo sabe.

Dejó de jugar pimpón, pero se dedica con ardor al ajedrez. Sus eternos compañeros, el orden y la anarquía, tampoco lo abandonan en este terreno.

Cuando Daniel y su pipa emprenden una partida, parten cautelosos, escudados y previsores. Cada jugada se medita, se rumia y se repasa. En esa forma se llega al punto culminante del juego. Entonces, súbitamente se saca la pipa de la boca y dice: "Ya empezó el español loco" y mueve una pieza. Desde ese instante, peligrosas sus posibilidades de ganar. El mismo, bien lo sabe.

Dejó de jugar pimpón, pero se dedica con ardor al ajedrez. Sus eternos compañeros, el orden y la anarquía, tampoco lo abandonan en este terreno.

Cuando Daniel y su pipa emprenden una partida, parten cautelosos, escudados y previsores. Cada jugada se medita, se rumia y se repasa. En esa forma se llega al punto culminante del juego. Entonces, súbitamente se saca la pipa de la boca y dice: "Ya empezó el español loco" y mueve una pieza. Desde ese instante, peligrosas sus posibilidades de ganar. El mismo, bien lo sabe.

Dejó de jugar pimpón, pero se dedica con ardor al ajedrez. Sus eternos compañeros, el orden y la anarquía, tampoco lo abandonan en este terreno.

Cuando Daniel y su pipa emprenden una partida, parten cautelosos, escudados y previsores. Cada jugada se medita, se rumia y se repasa. En esa forma se llega al punto culminante del juego. Entonces, súbitamente se saca la pipa de la boca y dice: "Ya empezó el español loco" y mueve una pieza. Desde ese instante, peligrosas sus posibilidades de ganar. El mismo, bien lo sabe.

Dejó de jugar pimpón, pero se dedica con ardor al ajedrez. Sus eternos compañeros, el orden y la anarquía, tampoco lo abandonan en este terreno.

Cuando Daniel y su pipa emprenden una partida, parten cautelosos, escudados y previsores. Cada jugada se medita, se rumia y se repasa. En esa forma se llega al punto culminante del juego. Entonces, súbitamente se saca la pipa de la boca y dice: "Ya empezó el español loco" y mueve una pieza. Desde ese instante, peligrosas sus posibilidades de ganar. El mismo, bien lo sabe.

Dejó de jugar pimpón, pero se dedica con ardor al ajedrez. Sus eternos compañeros, el orden y la anarquía, tampoco lo abandonan en este terreno.

Cuando Daniel y su pipa emprenden una partida, parten cautelosos, escudados y previsores. Cada jugada se medita, se rumia y se repasa. En esa forma se llega al punto culminante del juego. Entonces, súbitamente se saca la pipa de la boca y dice: "Ya empezó el español loco" y mueve una pieza. Desde ese instante, peligrosas sus posibilidades de ganar. El mismo, bien lo sabe.

Dejó de jugar pimpón, pero se dedica con ardor al ajedrez. Sus eternos compañeros, el orden y la anarquía, tampoco lo abandonan en este terreno.

Cuando Daniel y su pipa emprenden una partida, parten cautelosos, escudados y previsores. Cada jugada se medita, se rumia y se repasa. En esa forma se llega al punto culminante del juego. Entonces, súbitamente se saca la pipa de la boca y dice: "Ya empezó el español loco" y mueve una pieza. Desde ese instante, peligrosas sus posibilidades de ganar. El mismo, bien lo sabe.

